

ISABELLE ATTANÉ

EN EL PAÍS DE LOS NIÑOS ESCASOS

CHINA Y LA CRISIS DEMOGRÁFICA

De los hijos únicos a los chicos de la calle

Attané, Isabelle

En el país de los niños escasos: China y la crisis demográfica. De los hijos únicos a los chicos de la calle.

1a ed., Buenos Aires, Capital Intelectual, 2013

280 p., 21x15 cm.

ISBN 978-987-614-403-2

1. Política Internacional. 2. China. I. Título

CDD 327.1

Traducción: Agustín Cosovschi

Edición: Aurora Chiaramonte

Diseño de tapa: Peter Tjebbes

Diseño de interior: Verónica Feinmann

Coordinación: Inés Barba

Producción: Norberto Natale

© Isabelle Attané, 2013

© Capital Intelectual, 2013

1ª edición: 2000 ejemplares • Impreso en Argentina

Capital Intelectual S.A.

Paraguay 1535 (1061) • Buenos Aires, Argentina

Teléfono: (+54 11) 4872-1300 • Telefax: (+54 11) 4872-1329

www.editorialcapin.com.ar • info@capin.com.ar

Pedidos en Argentina: pedidos@capin.com.ar

Pedidos desde el exterior: exterior@capin.com.ar

Queda hecho el depósito que prevé la Ley 11723. Impreso en Argentina.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida sin permiso escrito del editor.

*A mi madre
a mi tan querida Valérie
las dos arrebatadas por un cáncer
mientras yo escribía este libro*

Prólogo

¿Quién no le teme hoy a China? ¿Quién pone en duda su influencia cada vez mayor, su poder cada vez más imponente? Economistas, geopolíticos, defensores del medioambiente, analistas de cualquier índole, todos ven en ella, a veces como ángel, a veces como demonio, a un futuro amo del mundo. Sin embargo puede que el día de mañana ese gigante ya no lo sea; si bien actualmente es la segunda potencia económica del planeta es posible que pronto China pase a ocupar un lugar más pequeño en la escena mundial. ¿La razón? Una demografía que se ha vuelto demasiado difícil de manejar y que, en un contexto de desigualdades crecientes, puede obstaculizar el vuelo del fénix chino.

Uno de cada cuatro chinos tiene hoy menos de veinte años. Así suman en total 350 millones de niños y jóvenes que en conjunto darán forma a la China del mañana. Pero, ¿cómo será esa China? A juzgar por las disparidades sociales y económicas crecientes que fragmentan la población de este gigante demográfico mundial su porvenir es incierto.

La pobreza y las desigualdades, particularmente en el acceso a la educación y a la salud, inciden directamente sobre la población infantil. Mientras los “pequeños emperadores” de la China urbana gozan sin freno de los beneficios del desarrollo –educación elitista, el recurso a infraestructuras de salud de alto nivel, un régimen alimentario de lo más variado, acceso a los medios de comunicación modernos– los menos pudientes apenas pueden salir adelante en la nueva coyuntura económica: la alimentación, la asistencia a la escuela y los tratamientos de salud todavía constituyen un desafío cotidiano para millones de niños chinos. Además, a la vez que la migración interna no deja de crecer cada vez son más los niños implicados en ella: “niños flotantes” que se cuentan por millones. En las aldeas chinas estos niños venden flores, lustran zapatos o mendigan para volver con algo de dinero a sus hogares. Otros han sido literalmente vendidos por sus padres a “patrones” itinerantes que los explotan. En la China de hoy asistimos a una verdadera dicotomía del estatus de la infancia, en un contexto de disparidades cada vez mayores.

Luego de más de treinta años de reformas económicas, China se ha convertido en uno de los países con mayor desigualdad de ingreso en el mundo. El coeficiente de Gini¹, que mide tales desigualdades, ha superado el nivel crítico.² En 2001, *El Diario del Pueblo* denunciaba: “La brecha de ingresos entre las aldeas y las regiones rurales, entre las provincias, entre las profesiones y entre los individuos se vuelve cada vez más importante”³. Hoy en día, las desigualdades en China son más pronunciadas que en India o en Bangladesh⁴; y si bien la amplitud de tales desigualdades no alcanza allí

todavía los niveles de los países más desiguales del mundo, como Brasil, Sudáfrica o Haití,⁵ se acerca peligrosamente. A mediados de la década de 2000, el ingreso medio anual por habitante del 20% de los hogares rurales más pobres era de 2.000 yuanes, mientras que en el 10% más rico de los hogares urbanos era de 31.000 yuanes, es decir una relación de 15 a 1.

Desde luego, “el ascenso de las desigualdades es un proceso habitual durante las fases de despegue de una economía, sobre todo para las viejas economías planificadas, muy igualitaristas”⁶. Pero hoy en día franjas enteras de la población china ven cómo sus ingresos y sus condiciones de vida se estancan o, peor aún, se degradan mientras que el Estado se esfuerza en sostener los compromisos que él mismo se ha asignado, especialmente en su Constitución, como el acceso universal a la educación básica, el desarrollo del sistema educativo e incluso el derecho al trabajo para todos. Asimismo, el desarrollo del capital humano de China, motor esencial de su crecimiento económico futuro, depende ahora en gran medida de la capacidad de las familias para relevar a un Estado en muchos aspectos débil.

Si en cuarenta años China logra triunfar sobre una transición demográfica que otros países (como la India) se esfuerzan por realizar y si, en el plazo de tres décadas, consigue consolidar una transición económica que otros ex países comunistas (como Rusia) no pueden más que envidiarle, estos cambios no habrán sido neutrales. Es cierto que la baja de la natalidad ha permitido reducir en tiempo récord el tamaño de este mastodonte en más de doscientos millones de personas. Pero, por la caída del número de niños y la extensión de la

duración de la vida, esto ha entrañado importantes cambios en la estructura de las familias, al mismo tiempo que en las relaciones intrafamiliares. Así, puesto que muchas familias pasaron del modelo piramidal “uno-dos-cuatro” (un abuelo, dos padres y cuatro niños) al exactamente opuesto “cuatro-dos-uno” (cuatro abuelos, dos padres y un niño), profundas modificaciones han intervenido en relación con la generación anterior. Particularmente en las clases medias y altas, el niño, ahora ubicado en el centro de las preocupaciones, se convierte en el objeto de todas las atenciones. Sobre él pesan expectativas familiares cada vez más fuertes, así como proyecciones parentales de ambiciones no realizadas. Anteriormente centrada en los más viejos, la familia se ha desviado bruscamente y hoy el niño reina sobre sus padres, incluso sobre sus abuelos. Este fenómeno alcanza su paroxismo con el hijo único, ese “pequeño emperador”, sobreinvertido por sus padres, cuya capacidad de integrarse al mundo de los adultos puede, en algunos casos, plantear interrogantes.

En China, como en casi en cualquier otro lugar, hoy se prefiere tener menos niños para contar con la posibilidad de darles lo mejor, especialmente en lo que respecta a la educación y la salud. Cuando tienen los medios, las familias chinas efectivamente invierten sin límites en el capital humano de sus hijos. O más precisamente en el “capital cultural”, tal como lo definió Pierre Bourdieu. En cambio, en las clases sociales menos favorecidas, el valor de un niño se mide sobre todo por lo que pueda reportar a su familia: ¡cuanto menos cueste y cuanto antes retribuya, mejor! En todo caso, las expectativas de los padres frente a sus hijos no solo son más grandes

que nunca antes en el pasado sino que, además, mientras que en otra época estaban distribuidas entre numerosos niños, hoy se posan sobre una sola cabeza, tal vez dos, pero no más. Esta concentración de las diversas dimensiones de la transmisión familiar, tanto desde un punto de vista material como simbólico, sobre una descendencia restringida, le da finalmente al niño chino un valor inédito en ese país.

“Niños de hoy, ciudadanos de mañana”; la fórmula, aunque banal, no es anodina para muchos. Los actores de la futura sociedad china no son todavía más que niños, pero su futuro forjará el de China. Ahora bien, para pensar ese devenir es preciso comprender cómo se constituyen los niños en la sociedad china contemporánea. ¿En qué condiciones viven? ¿Cómo son educados? ¿Qué formas de socialización se les ofrecen? Finalmente, ¿qué es un niño en la China de hoy, mientras el país atraviesa transformaciones sin precedentes? Esta obra se dedica al lugar del niño en una sociedad china hoy sometida a profundas reformas: su rol, la manera en que es asumido por su familia y por el Estado, las expectativas que pesan sobre él, los costos que engendra, la carga afectiva sobre él investida, la atención que se le da, etcétera. Cada aspecto de la vida de un niño dice mucho de la sociedad en la que crece y revela así sus fortalezas, sus debilidades, sus avances pero también sus desvíos.

La China de hoy ya no tiene mucho que ver con la China de ayer, la de Mao; la de mañana será, seguramente, muy diferente de aquella que hoy nos fascina y nos indigna a la vez. ¿A qué se parecerá? Es difícil de decir. A menos, quizás, que nos tomemos ahora el tiempo de observar a sus niños.

Notas

1. El coeficiente de Gini se sitúa entre los valores de 0 y 1, siendo 0 una igualdad perfecta mientras que 1 marca el nivel máximo de desigualdad.
2. El coeficiente de Gini para China pasó de 0,27 a mediados de la década de 1980 a 0,39 en 2001, luego a 0,47 en 2008, siendo el piso de 0,4 considerado “alarmante” por el Banco Mundial.
3. *Renmin Ribao*, 23 de agosto de 2001 [en chino].
4. En 2008 estos dos países tenían un coeficiente de Gini, respectivamente, de 0,37 y 0,33. Fuente: PNUD, 2009, se puede consultar en <http://hdrstats.undp.org/indicators/147.html>.
5. En 2008, los coeficientes de Gini en estos tres países están comprendidos entre 0,57 y 0,59. Fuente: *Ibid.*
6. J.-F. Huchet, “Une réponse politique aux défis économiques de la Chine”, *Le Monde*, 23 de enero de 2003.

Capítulo 1

En el país del hijo único

En 1929, Hu Shi –uno de los líderes del movimiento del 4 de mayo de 1919¹– explicaba que para medir el nivel de civilización de una sociedad debían tomarse en cuenta tres elementos: la suerte que la sociedad en cuestión reserva a sus mujeres, la manera en que ocupa sus momentos de ocio y la atención que otorga a sus niños. Para Hu Shi, la manera en que los “fuertes” se comportan con los “débiles” –es decir, las acciones de los individuos que detentan alguna forma de poder frente a aquellos que son menos privilegiados o más vulnerables, es decir menos capaces de reivindicar sus derechos– dice mucho acerca de lo que son.

Desde este punto de vista, la sociedad china es, en muchos aspectos, inclasificable. La equidad social tan alabada por el régimen comunista ha fracasado, las disparidades socioeconómicas alcanzan hoy niveles sin precedentes. Actualmente la situación de los niños es un espejo de esta sociedad: de una diversidad extrema. Desde

los hijos únicos, objetos de todas las atenciones, a los que viven en el campo, más víctimas que beneficiarios de un desarrollo económico fulgurante, pasando por aquellos que crecen en las calles privados de la satisfacción de sus necesidades más elementales, todo tipo de figuras conviven en ese escenario. Más que nunca antes, China se viste de innumerables colores; los de la alegría y los de la tristeza, del desahogo y de la pobreza, los colores de los sueños y de la desilusión. Ya no hay “una” sociedad china sino más bien una multiplicidad de realidades humanas. Luego de más de treinta años de reformas conducidas a un ritmo desenfrenado, China se ha transformado en un inmenso mosaico social, en cuyo seno coexisten, para bien y para mal, 1.300 millones de habitantes.

EN EL VIENTO DE LAS REFORMAS

Es innegable que el niño, por la forma en que es asumido individualmente en el seno de su familia, o colectivamente por la sociedad y el Estado, es un “barómetro” social. Los diferentes valores de los cuales es portador dicen mucho de la sociedad en la que ha crecido: su sistema de estratificación, su nivel de desarrollo económico, su relación con el derecho, su situación demográfica, su ideología y su cultura.

Las profundas conmociones sociales, económicas, familiares y demográficas que ha conocido China desde finales de la década de 1970 han conducido sin duda a una redefinición del rol del niño. Pero esta redefinición está lejos de

ser unívoca, ha generado una multiplicidad de roles y estatus en los cuales los niños deben hoy asumir muy a su pesar. Así como en la época imperial, el medio familiar ha vuelto a ser el determinante más decisivo del destino de un niño, en la medida en que el Estado chino, durante las décadas de 1980 y 1990, se desprendió de los dominios emblemáticos de su tutela: la educación y la salud.

El niño, “barómetro” del cambio social

En la China actual, algunas figuras de la infancia desafían el sentido común. Por un lado, millones de hijos únicos por cuyo (supuesto) bienestar los padres están dispuestos a sacrificarlo todo; por otro lado, cientos de miles de pequeños migrantes, esclavos, o que tienen la calle por hogar; en el medio, una paleta de diversas realidades humanas. Desde los niños que son víctimas del desarrollo industrial fulgurante a la pequeña campesina condenada a trabajar en el campo para pagar la escolaridad de sus hermanos, pasando por la joven citadina arrastrada al suicidio por una presión familiar insostenible, el abanico de situaciones es hoy infinito. La ley china² protege sin embargo a los niños: derecho a la educación y a la salud, respeto a la dignidad, protección física y jurídica; ningún aspecto se deja de lado. Pero el fracaso está allí: mientras que el país se ha lanzado a un verdadero rumbo hacia el desarrollo, la maquinaria social se ha atascado dejando millones de niños al margen del sistema.

Estas figuras de la infancia son así el reflejo de una sociedad de extremos, atravesada por tres décadas de importantes transformaciones. Preconizando la equidad y la homogeneidad social, el comunismo produjo millones de destinos comunes; para ser digno de ser chino bajo el régimen de Mao, había que anunciar muy claramente y sin reservas el fervor político, pero sobre todo había que fundirse con la masa, parecerse a los otros, actuar como ellos; todo el mundo debía desear las mismas cosas, tener las mismas necesidades y los mismos sueños. A partir de la década de 1980 se produjo la ruptura: el capitalismo se erigió por sobre el comunismo y el interés colectivo cedió su lugar al interés individual. De esta manera, la sociedad y la economía chinas en transición generaron una multitud de destinos posibles, más o menos felices; destinos marcados por demasiada pobreza o demasiada riqueza, por una atención excesiva o insuficiente.

Dos épocas, dos mundos

En menos de cincuenta años, la sociedad china ha pasado de un extremo al otro, de ser totalmente igualitaria a ser totalmente desigual, de la veneración de lo colectivo a la veneración de lo individual, del todo ideológico al todo económico. Se trata de dos mundos sin una medida común (o casi), que se sucedieron durante el curso de esas dos épocas, con un antes y un después de las reformas económicas.

Los cambios en principio fueron políticos, con la toma del poder por parte de los comunistas en 1949. Marcadas

por la búsqueda de la igualdad social, las décadas siguientes trataron de reformar en profundidad la familia y la organización social. Igualmente radical fue el giro liberal iniciado por Deng Xiaoping a partir de 1978, que se tradujo en la reestructuración total del sistema de producción agrícola e industrial. Desde entonces China renunció progresivamente a su economía planificada y centralista en beneficio de una “economía de mercado de tipo socialista”, transición que le ha reportado un desarrollo económico excepcional. Así, su producto bruto interno ha saltado alrededor de un 10% anual en promedio desde la década de 1980, mientras que los notables aumentos de productividad se tradujeron en una mejora sustancial del poder adquisitivo y en un retroceso global de la pobreza.

Pero el desmantelamiento de las estructuras colectivas, dictado por “la política de reforma y apertura” siempre bajo el impulso de Deng Xiaoping, conmocionó la organización social en su conjunto y tuvo repercusiones que trascendieron con mucho el ámbito económico. Anteriormente, cada individuo dependía estrictamente del Estado a través de su unidad de trabajo, y así era para todos los dominios de su vida cotidiana. Cada uno se beneficiaba de esa forma de un acceso garantizado al empleo, a la vivienda, a la salud, a la instrucción de los niños y, en el caso de los habitantes de la ciudad, al retiro y al seguro social. Paulatinamente transferidos al sector privado, estos diferentes dominios responden hoy por hoy a la lógica del mercado, lo que vuelve el acceso a ellos cada vez más aleatorio, y por lo tanto desigual. El sistema de salud se degrada, el

acceso a la educación y al empleo ya no es sistemático, el desempleo y la precariedad ganan terreno y se extiende la pobreza. Actualmente China es uno de los países más desiguales del mundo en vías de desarrollo.

Dos épocas, dos mundos: este “choque de civilizaciones” es admirablemente relatado por el novelista Yu Hua, en su novela *Xiongdi*, publicada en 2005. Algunos años antes de la Revolución Cultural, Li Lan, una joven viuda, conoce a Song Fangping, viudo también. Ella es madre de Li Guangtuo, él es padre de Song Gang; ellos...

No son hermanos de verdad, pero sus destinos se hallan ligados desde hace mucho tiempo [por la unión de sus padres] para bien o para mal. Los niños, más tarde adolescentes durante la Revolución Cultural, alcanzan la adultez en el momento en que China entra en la era tumultuosa de las ‘reformas’ [económicas] y la ‘apertura’. La solidaridad cimentada por los retos que unía hasta ese momento a los dos hermanos se quiebra y sus caminos se separan por un tiempo: mientras que Song Gang, el ‘intelectual’ dulce y leal [que se mantiene fiel a los valores tradicionales] es rápidamente sobrepasado por su época, Li Guangtuo, el ‘pillo’, astuto y oportunista, saca partido de las conmociones sociales y económicas [y se hace millonario]. El ‘perdedor’ y el ‘emprendedor’ simbolizan en sus figuras una transición vivida por millones de chinos en el delirio y el desasosiego³.

Ahora en la realidad, lejos ya de este fresco literario, la familia de Zhao Shan expresa estas transformaciones. Una estudiante brillante, Zhao Shan, de 20 años, ya cuenta con un diploma universitario en comunicación. Su madre tenía apenas 17 años cuando su propia madre murió en el terremoto de Tangshan, en 1976. Así las cosas, tuvo que

interrumpir sus estudios y empezar a trabajar para pagar los de su hermano menor. “Así era para las muchachas en esa época”, explica. El abuelo de Zhao Shan, Zhao Jianrong, de 75 años, cuenta: “Yo crecí en un pueblo pobre, con seis hermanos y hermanas. Era la época de la guerra y de la tormenta política. Me puse contento cuando los comunistas tomaron el poder. Para mí, eso significaba el fin de conflicto”. Es feliz sabiendo que su pequeña puede crecer en una China más próspera: “La generación de Zhao Shan tiene muchas ventajas. Por ejemplo los jóvenes de hoy tienen un espíritu más abierto. Nosotros, la gente de mi generación, teníamos el cerebro vacío, no habíamos visto nada. Los jóvenes de hoy son más inteligentes, se adaptan fácilmente al cambio”. “La principal diferencia entre mi generación y la de mi hija”, explica Zhao Fuming, de 48 años, el padre de la joven, “es que nuestra vida estaba dominada por la política. Aprendíamos poco en la escuela, no teníamos ningún espíritu crítico, no sabíamos reflexionar por nuestra cuenta. La mayoría de los jóvenes de la ciudad de hoy no son solo más ricos, sino que también están mejor informados acerca de lo que pasa en el mundo que cualquier otra generación anterior de chinos”.

El padre y el abuelo de Zhao Shan son optimistas en cuanto al futuro de ésta a condición de que aprenda a ser menos egocéntrica y, sobre todo, más autónoma. En efecto, su abuelo considera que los hijos únicos cuentan demasiado con sus padres y que nunca aportan a la casa; Zhao Shan reconoce que eso es cierto en lo que respecta a ella. Pero no es la única que se sumerge en los nuevos pla-

ceres ofrecidos a la sociedad urbana pudiente. Chun Shu, desde sus 21 años, se rebela: “Soy muy consciente de que estoy obsesionada con las cosas materiales, seguramente más aún que la mayoría de las jóvenes de mi edad. Gasto mi dinero como si cayera del cielo y soy capaz de pagar una fortuna por un bolso, solo por la marca. ¡Tengo ganas de comprarlo todo! Pero, ¿soy menos capaz de hablar de Dostoievski por llevar debajo un encaje carísimo?”

Transformaciones sin precedentes

No es posible comparar de ningún modo el ambiente cotidiano de un joven chino urbano de hoy con el de la generación de sus padres, que crecieron en las sombras más oscuras del comunismo. En las ciudades, los niños se benefician de una prosperidad sin igual. Sus padres y abuelos conocieron el hambre y el caos de la Revolución Cultural. Pero los jóvenes de Pekín, Shanghai, Cantón, y también de otras ciudades más pequeñas, como Dalian, Chengdu o Kuming, cada semana que pasa ven un nuevo centro comercial, una nueva autopista, una nueva firma extranjera, instalarse frente a sus ojos.

Las reformas económicas, por supuesto, favorecen muchas de estas transformaciones. Pero el impacto de la economía sobre la sociedad no habría podido ser tan brutal si no hubiera estado acompañado de profundos cambios demográficos. Porque los últimos cincuenta años fueron un período crucial para la población china; en este corto

período se convirtió en un país de débil crecimiento demográfico, al menos si lo comparamos con sus vecinos asiáticos de la India, Indonesia, Pakistán o Bangladesh. Actualmente la población china aumenta un 0,6% anual, es decir cuatro veces menos rápido que en la década de 1960. Los chinos, que en 1970 todavía tenían en promedio casi seis hijos, tienen hoy menos de dos, es decir casi tan poco como en los países más desarrollados del mundo. Así China, que sumaba casi veinte millones de habitantes al año a principios de los años 70, creció casi tres veces menos por año en la década de 2010: siete millones y medio, en promedio. En lo que respecta a la mortalidad está también a la vanguardia de los países en desarrollo, con una expectativa de vida que se acerca poco a poco a la media europea.⁴

Pero tanto en China como en otros lugares, la baja de la natalidad y el descenso de la mortalidad anuncian profundas transformaciones en la estructura de las familias. Menos niños, más personas mayores: la pirámide de las edades se invierte. Las familias, cada vez más pequeñas, se centran en sus niños mientras que los ancianos, con mejor salud, mantienen su autonomía por más tiempo. Es así que las relaciones intergeneracionales se transforman: los jóvenes ocupan cada vez más lugar y se les otorga más atención y valor. Los mayores se emancipan: ya no son la piedra angular de la célula familiar e interfieren cada vez menos en la vida de sus hijos. A su manera, cada uno se individualiza; los roles y estatus de unos y otros se ven así profundamente modificados.

Caída del número de niños, alargamiento de la vida, elevación del nivel de vida general, pero también pauperi-

zación de una parte de la población, reformas educativas y del sistema de salud, flujos masivos de migración interna, precarización del empleo. Las transformaciones que atraviesan la sociedad china desde hace treinta años son de todos los órdenes. En el ojo de la tormenta, los niños, inevitablemente afectados por estas incontables mutaciones.

EL HIJO ÚNICO, SÍMBOLO DE LA TRANSICIÓN

Pensar en China hoy significa por supuesto evocar su formidable desempeño económico. Pero la segunda especificidad china que viene a nuestra mente de entrada es sin ninguna duda el hijo único: China, “país de hijos únicos”; China, “país de pequeños emperadores”. Es efectivamente el único país del mundo que adoptó una política de control de natalidad tan drástica, preconizando “un hijo por pareja” (*zhi sheng yi ge haizi*). Sin embargo, más allá de los clichés y los bombardeos mediáticos, el hijo único está lejos de ser la regla. Las familias con hijos únicos no son de ninguna manera el modelo familiar dominante en el “Imperio del Medio”. En este sentido, las apariencias son realmente engañosas

China, ¿un país de hijos únicos?

El hijo único ciertamente no existe solo en China, pero solo en China es objeto de una categoría estadística independiente. Con la puesta en marcha de la política del

mismo nombre en 1979, el hijo único se convirtió efectivamente, en el plan político, en un objetivo en sí mismo. Desde entonces, para responder a un objetivo ambicioso de modernización económica, las autoridades chinas desarrollaron una serie de medidas autoritarias destinadas a obligar al mayor número posible de padres a limitarse a un solo hijo.

Desde 1979, la regla es oficialmente intangible para la población urbana. Pero, en lo que respecta a las regiones rurales, las autoridades rápidamente cambiaron de opinión: la resistencia a una limitación estricta de los nacimientos era demasiado fuerte allí y las tradiciones familiares estaban demasiado ancladas. En el campo, la necesidad de tener niños es apremiante para asegurarse una vejez decente, pues no existe ningún sistema de retiro oficial. De hecho en el medio rural los niños son siempre, a corto plazo, una fuente de ingresos indispensable de la cual pocas familias pueden privarse, por eso desde 1984 la regla del hijo único encuentra allí su excepción. En muchas provincias aun hoy, los paisanos tienen derecho a tener un segundo hijo, en especial cuando la mayor es una niña, e incluso un tercero, especialmente en ciertas minorías étnicas.⁵

Treinta años después de la puesta en marcha de la política del hijo único, las estadísticas son reveladoras: hay ciento sesenta millones de hijos únicos en China, dos veces y media la población de Francia. Esta cifra, ciertamente considerable, de todas maneras no convierte a China en un país de hijos únicos; entre los niños nacidos desde fines

de los años 70, solo uno de cada tres no tiene hermanos ni hermanas. En las ciudades, entre los menores de 15 años, dos de cada tres son hijos únicos; en el campo, solo uno de cada tres. Además, los hijos únicos se concentran en las provincias orientales más desarrolladas y más urbanizadas, donde la política de control de natalidad siempre fue más estricta. Solo Pekín, Shanghai, Tianjin y la provincia de Liaoning contaban en 2005, con entre un 50% y un 60% de hijos únicos entre los menores de 30 años. Pero en la gran mayoría de las provincias del oeste y del sur (especialmente Guangdong, Guangxi, Hainan, Guizhou, Gansu, Ningxia) este porcentaje no excedía el 20%. Por lo tanto, lejos estamos de los estereotipos.

De acuerdo con el hijo único, si es un niño

Estas cifras, aun si no son tan grandiosas como lo soñaban las autoridades chinas, hablan por sí solas. A nivel de toda China –el país, recordemos, más poblado del mundo– uno de cada tres niños es hijo único. Estos resultados evidencian, por supuesto, el impacto de la política de la limitación estricta de los nacimientos. Pero también son un síntoma de la transición social que acompaña las reformas económicas. Hoy el niño cuesta caro; hace falta sin duda alimentarlo, pero también darle un techo, vestirlo, encontrar medios para cuidarlo, atenderlo cuando está enfermo, asumir los costos de su escolaridad, etcétera, en una sociedad en la que la parte fundamental de dichos gastos corres-

ponde hoy en día a las familias. De manera que en China, como casi en todos lados del mundo, los padres hacen un cálculo de los costos y los beneficios de la llegada de un hijo. Y el resultado lleva frecuentemente, en especial en el seno de las clases medias, a la decisión de tener solo uno.

Sin embargo, la dimensión económica no es la única variable que se tiene en cuenta en este cálculo, porque si el hijo único es una solución aceptable para muchas parejas, lo es más si se trata de un hijo varón. Pero cuando el “pequeño emperador” tan esperado revela ser finalmente una niña, frecuentemente los padres cambian de estrategia y se deciden por un segundo hijo –estrategia sostenida por otra parte por la política de limitación de nacimientos que, en muchas regiones rurales, da autorización para un segundo hijo si el primero es una niña-. Porque, para la mentalidad china, un hijo varón posee varias ventajas en relación con su sexo de las que en general siguen careciendo las niñas, a pesar de la modernización social. Un hijo permite la perpetuación del linaje familiar, es en sí mismo una prueba de piedad filial y oficiará de sostén económico en la vejez. Pero también es una fuente de orgullo y una garantía de reconocimiento social para sus padres. Zhang Bohua, de 78 años, se lamenta así de no tener hijos varones: “Solo tengo hijas mujeres. Habría querido tener un hijito. Pero ahora es demasiado tarde, a causa de la política del hijo único. ¡Me entristece!”

De esta forma, entre los hijos únicos contamos con una proporción mayoritaria de varones, más grande aun que en el conjunto de la población infantil. De cada cien

niños de menos de 15 años actualmente hay 54 varones por cada 46 mujeres, una proporción, veremos, ya anormalmente elevada. Pero de cada cien hijos únicos en ese rango de edad, la mayoría masculina gana aún más terreno, con 57 varones por cada 43 mujeres. Y esto es incluso más cierto en el campo, donde encontramos cada cien hijos únicos 59 varones y 41 mujeres. El hijo único, de acuerdo, pero con condiciones.

¿Cuanto más escaso, máspreciado?

La caída en la cantidad de niños que se ha operado desde finales de la década de 1970 tiene un impacto considerable sobre la demografía de China, e igual de brutal es su efecto sobre la vida de los propios niños. Las expectativas que pesan sobre ellos, los derechos que se les conceden, la atención que se le otorga a su palabra, el afecto y el cuidado que se les brinda, todo cambia cuando los niños se vuelven más escasos, sobre todo si también la economía y la sociedad se transforman.

Quien dice menos niños dice, frecuentemente, más valor asignado a cada uno de ellos. Por consiguiente, puesto que las diversas dimensiones de la transmisión familiar, tanto la material como la simbólica, se concentran sobre una descendencia limitada, su valor se incrementa mecánicamente. Y si la baja en la cantidad de niños se acompaña de un mejoramiento en el nivel de vida y de un acceso cada vez mayor a la sociedad de consumo -lo que ha sido el caso

de la mayoría de las familias chinas durante el curso de las últimas décadas- esto se traduce en una inversión cada vez mayor en el niño, lo que acrecienta más su valor específico. El hijo único debe ser perfecto y admirable en todo, debe conocerlo todo y, sobre todo, no debe faltarle nada. Mimado al extremo, se le consienten todos los caprichos y nada es demasiado para él. Pero esta atención desmesurada tiene un costo porque, en contrapartida, los padres depositan en él grandes ambiciones, y él no puede fallar. Desde muy temprano se le inculca a este “pequeño emperador” el adagio según el cual “los que trabajan con el espíritu dirigen y los que trabajan con los músculos son dirigidos” (*laoxinzhe zhi ren, laolizhe zhi yu ren*⁶). Debe pues recibir la mejor educación posible, dominar las lenguas extranjeras, la música, la informática y así, una vez adulto, poder aspirar a un empleo respetable y sobre todo rentable. Porque, en una sociedad china que hoy es cada vez más competitiva, el reconocimiento social no se adquiere sino a través el dinero.

Para Susan Greenhalgh, sinóloga y antropóloga de la Universidad de California, la política del hijo único no tendría como único objetivo reducir el crecimiento demográfico. Su otra meta, inconfesada, habría sido crear una generación de jóvenes de elite, únicos herederos y beneficiarios exclusivos de todos los recursos acumulados por sus familias. Según ella: “El objetivo de las autoridades china ha sido producir una generación de niños *de gran calidad* cuyo rol sería facilitar el ascenso de China al rango de las grandes potencias mundiales”⁷. Si adherimos a este postulado, los resultados están allí. Las inmensas ambicio-

nes alimentadas por los padres para sus hijos se traducen en inversiones financieras considerables: desde finales de los años 80, dos hijos únicos de cada tres toman cursos particulares (pintura, caligrafía, música, danza, lenguas extranjeras), mientras que solo uno de cada tres entre quienes tienen al menos un hermano o una hermana.⁸

¿Hasta aquí esto hace de los hijos únicos una elite social? No hay estudios chinos que permitan medirlo, pero, de cualquier manera, algunos niños están convencidos de ello. La estrella del jardín de infantes “Inteligencia y Éxito”, uno de los más distinguidos de Pekín, es Ying Rudi, de 5 años, el hijo de un productor de *sitcoms* muy populares. Rudi tomó sus primeras lecciones de piano antes de cumplir 3 años y hoy es un prodigio. Xu Qiushi, de 13 años, vieja alumna del mismo jardín de infantes, se destaca igualmente en el piano, pero también en el boxeo coreano. No tiene la menor duda de su admisión a la Universidad Quinghua, una de las mejores del país, y ya hace planes para ir a París a continuar sus estudios y convertirse en diplomática.

Máspreciado, pero, ¿por cuánto tiempo?

Más escaso, el niño chino es hoy máspreciado que nunca antes, tanto para las familias pudientes como para las más pobres. El dicho popular según el cual “mientras más niños tenemos, más felices somos” (*duozi duofu*) pierde paulatinamente su sentido y las familias se adaptan a sus nuevas obligaciones.

Pero si garantizar la descendencia, sobre todo masculina, era en otra época una prioridad de la familia ampliada, ya no depende más que de decisiones altamente personales, sobre todo en las grandes ciudades. Las parejas jóvenes sueñan hoy con elegir el momento en que tendrán un hijo, y algunas incluso comienzan a reivindicar su derecho a no tener ninguno. Casados desde hace diez años, Zheng Jian, hombre de negocios de 38 años, y su esposa Xiao Yan, grafista, están convencidos de que su pequeña familia, compuesta solo de su relación, es la más feliz del mundo. “Ambos tenemos tantas cosas que hacer”, explica Zheng. “Somos como dos chicos traviesos que pasan el tiempo jugando juntos. Estamos muy contentos con nuestra vida. ¿Por qué nos iríamos a molestar con un niño?”. Para muchos jóvenes de la ciudad, aprovechar la vida y hacer carrera es hoy una prioridad más importante que tener hijos. “¡No tengo tiempo!”, responde lacónica Jing Du, de 27 años, cuando su marido le expresa su deseo de formar una familia. Jing Du no es un caso aislado. Es la misma mentalidad de Liu Xiaomei, joven estudiante de 21 años: “Mi padre me dice todo el tiempo que soy egoísta. No quiero tener un hijo porque no quiero compartir las cosas con nadie más. Soy lo contrario de mi madre, ella hizo todo por mí, pero yo me siento incapaz de hacer tanto por un niño!”.

Las ciudades chinas tienen cada vez más *dingke*, la adaptación local de los *dinkies* anglosajones: *double income, no kids*.⁹ Xueyan, de 36 años, es empleada de un banco. Su marido, Yanghong, de 40 años, es artista plástico. Están casados desde hace ocho años. Entre los dos, ganan cerca de 35.000 yuanes al

año, un ingreso cómodo. “¿Si lamentamos no tener un hijo?” ríe a carcajadas Yanghogn, “¡para nada! No somos tontos. Si uno quiere criar correctamente a un hijo, es algo que cuesta muy caro. Sin hijos, tenemos una vida muy feliz. Mire nuestro departamento, ¡hay flores en todos lados! ¡Y además tenemos un acuario muy grande con peces, y un gato!”

Las parejas *ding ke*, aparecidas en China en los años ochenta son hoy varios cientos de miles, concentradas en las grandes metrópolis como Pekín, Shanghai, Tianjin y Cantón. Por falta de deseo, de tiempo, de dinero, pero también por miedo a tener que enfrentar muchas limitaciones, estos jóvenes matrimonios habrían tomado la decisión de no tener descendencia. Acostumbrados a no ocuparse más que de sí mismos y poco dispuestos a los sacrificios, a los *dinkies* no les faltan argumentos: “Los niños destruyen el amor en una pareja”, explica Zhang Xiaoli. “Mi marido y yo tenemos una vida fácil y romántica, eso se destruiría por completo si tuviéramos un hijo. Nos gusta viajar, leer, hacer deporte, salir por la noche. Así que tener un hijo, ¡eso no es para nosotros! La vida es corta, así que queremos aprovecharla y gastar nuestro dinero como nos parezca”. Lin Yehua, que vive en el barrio de Chaoyang en Pekín, está casada desde hace tres años. Interrogada respecto de la maternidad, se indigna: “Un embarazo dura nueve meses, es mucho tiempo en una vida. ¡Cuánto tiempo perdido! Y eso sin contar todo el tiempo después, para ocuparse del niño. ¡Y, por si fuera poco, el embarazo realmente estropea el cuerpo de una mujer!”. En cambio, Hou Yuchuan, maestro de primaria retirado, dice con seguridad: “¡Si todo

el mundo hiciera como ellos, la raza humana se extinguiría! Sin embargo, sí que aprovecharon bien el amor de sus padres. ¡Es muy egoísta de su parte!”

Sin embargo, no todos los *ding ke* chinos tienen las mismas motivaciones egoístas. Shanshan, de 26 años, casada hace cuatro años con un empresario, explica: “A mí me encantan los niños y me gustaría mucho tener uno. Pero mi marido y yo tenemos tanto trabajo que no tenemos tiempo. Además, la competencia es tan feroz en la oficina Si dejo de trabajar algunos meses para tener un hijo, alguien tomará mi lugar, ¡y cuando vuelva ya no tendré un puesto tan bueno! No me lo puedo permitir”. Para Guo Jin, de 30 años, casada desde hace seis años, “un niño cuesta mucho dinero. Entre el jardín de infantes, luego la escuela, la ropa, los juguetes ¡no podemos arreglárnoslas! Y si no le compro todo lo que me pide, tendré demasiado miedo de que desarrolle un complejo de inferioridad frente a sus compañeros de clase. Es por eso que no tendría un hijo. Y además encontrar empleo es tan difícil para los jóvenes hoy ¡No quiero tener un hijo para que tenga que vivir en una sociedad tan elitista!”

Los testimonios en este sentido abundan. Comenzando por el de Liu Xiaojan, de 28 años: “No es que la gente no quiera tener hijos”, explica, “¡es que no pueden! Criar a un niño en la ciudad hoy en día es muy oneroso, hay que comenzar a pagar aun antes de que nazca. Todos los meses mi marido y yo gastamos al menos 1.500 yuanes para alimentar a nuestro hijo, para cuidarlo y comprarle medicamentos cuando se enferma”. Es por eso que las parejas jóvenes resignan cada vez más tener un segundo hijo,

incluso cuando la política de control de natalidad se los permite. La razón es puramente financiera. “No es la política de control de natalidad la que nos hace dudar de tener un segundo hijo a mi esposa y a mí. Como ambos somos hijos únicos, tenemos derecho a hacerlo. Pero la vida es muy cara hoy en día”, explica Chang, ingeniero de 32 años, “mi salario solo alcanza justo para pagar la hipoteca de nuestro departamento, la comida y la ropa de nuestra hija. No podemos permitirnos un segundo hijo”.

Máspreciado por ser más escaso, el niño chino lo es sin duda alguna desde un punto de vista simbólico. Pero a un nivel estrictamente material, representa una carga cada vez más pesada para las familias, a tal punto que algunas de ellas no pueden permitirse lo que está en proceso de convertirse en un verdadero objeto de lujo. Puesto que el Estado ya no es un sostén para las familias en su misión reproductiva y educativa en un sentido amplio –ayudas financieras y sociales casi inexistentes, educación y cuidado de la salud a cargo de los particulares, costos exorbitantes para el cuidado de los niños pequeños, protección demasiado débil de las madres en el mercado de trabajo– el niño impone hoy en día muchos sacrificios financieros.

EL HIJO ÚNICO, ¿SÍNTOMA DE UNA CHINA ENFERMA?

Es un hecho: los costos del mantenimiento y la educación de un niño son hoy en día muchas veces desmesurados, considerando los ingresos de las parejas. Pero, en algunas

familias, la forma que tienen los padres de comportarse frente a sus niños, particularmente cuando se trata de un hijo único, a veces va más allá de la razón. En China, como en todas partes, los padres intentan en lo posible dar lo mejor a sus hijos, y esto generalmente es más cierto cuanto menor es la cantidad. Pero en las muchas familias chinas que tienen un hijo único muchas veces ya no se presta atención a los gastos. Esta búsqueda de “lo mejor” se transforma en una búsqueda sin sentido de “más y más”.

“En apenas ocho meses...”

He aquí la historia que me contó Li Junhong, una joven madre de 23 años: “En apenas ocho meses, nuestro hijo nos ha llevado a la quiebra, pero, al mismo tiempo, nos sentimos culpables todo el tiempo, ¡tenemos tanto miedo de equivocarnos!”. Continúa: “Apenas nació mi hijo cayeron a la maternidad no sé cuántos vendedores para felicitarnos, pero sobre todo para ofrecernos huevos pintados de rojo, de muy buena calidad. Pagamos 175 yuanes¹⁰ por 250 huevos que distribuimos entre amigos y colegas para anunciar la feliz ocasión. Una semana más tarde, cuando volvimos a casa, nos bombardearon con llamados telefónicos elogiando los méritos de tal leche en polvo, o de tal compañía de seguros. Terminé firmando un contrato para asegurar nuestra familia. Cada día nuestro buzón quedaba invadido de publicidades (¡dirigidas a mi hijo!) de productos o servicios para niños. Me gustaba recibir toda esa información,

tenía la impresión de que me ayudaban a ser una madre mejor. Aprendí que durante su primer mes de vida el niño debía ser cuidado ‘científicamente’ por una nodriza profesional”; lo que costó a la joven madre la módica suma de 2.000 yuanes. ¿Tomar la marca de las manos y los pies de su hijo como recuerdo?: “Desembolsé 450 yuanes”; comprar cápsulas “para favorecer el desarrollo de su cráneo”, le costará por esta vez más de 400 yuanes.

Cuando su hijo cumplió tres meses, Li Junhong pudo sacarlo a pasear dos horas por día para hacerlo tomar aire. Pero “desde el momento en que sacábamos la nariz ¡salían vendedores de todas partes, diciéndome que mi hijo era verdaderamente adorable, y ofreciéndome aún más cosas para él!”. Uno la presionó para inscribir a su hijo en un programa educativo para hacerlo aprender un segundo idioma. “Pero, ¿cómo podría él aprender un segundo idioma si todavía no habla chino?”, se preguntó ella. “¡Se arrepentirá, señora!, me dijo. Y efectivamente me arrepentí, cuando me di cuenta de que algunos de mis vecinos ya habían inscripto a sus hijos, y sobre todo cuando mis padres me dijeron que mi decisión de no hacerlo había sido irresponsable. ¡Pero, costaba 5.000 yuanes! Así que, para tratar de compensar, compré toda una serie de documentales para los más pequeños (la gente dice que hay que hacerles “leer” este tipo de libros a los niños desde que nacen), y lo llevé todas las semanas a la piscina para tomar cursos de natación, por 58 yuanes la sesión”.

Este verdadero vía crucis financiero no termina allí. Dado que leyó en revistas para padres jóvenes que un niño de tres meses debía jugar, la joven madre le “compró un

montón de juegos para favorecer su desarrollo físico e intelectual”. Cuando el bebé cumplió 6 meses, el médico le dijo que su leche ya no era lo suficientemente nutritiva y que era necesario completar su alimentación. De manera que Li Junhong tuvo que “gastar alrededor de 800 yuanes por mes en leche maternizada, 100 yuanes en “Niuchuru” [una leche de vaca de primera calidad que se supone que mejora las defensas inmunológicas], 100 yuanes en hígado de pescado y calcio y 150 yuanes en el resto de su nutrición”. También fue a partir de entonces que comenzó “a comprarle ropa de marca, para que eso le dé confianza en sí mismo”. Y además: “Mi hijo nunca se enfermó de gravedad. Pero apenas estornuda, olisquea o tiene menos apetito, lo llevamos al hospital. Los médicos, con mucha consideración, le prescriben un montón de medicamentos. ¡En casa tenemos tantos que podríamos abrir una farmacia!”

Lo que es peor, el caso de Li Junhong está lejos de ser el único: “Ayer me encontré con otra madre joven de nuestro edificio. Me dijo que venía de inscribir a su hijo en un centro para que aprenda inglés y buenos modales. ¡Paga por eso más de 10.000 yuanes al año! ¡Al oírla, de pronto me dieron ganas de robar un banco! Hoy por hoy, a los hijos únicos realmente se los cría con oro”¹¹

“Un amo con dos sirvientes”

Zhou Whi, mamá de Qiqi, de 2 años, explica: “Qiqi es el centro de toda la familia. Una vez se golpeó la frente; nos

volvimos completamente locos, como si el cielo se nos hubiera caído sobre la cabeza. Su abuela no podía dejar de llorar, y yo tampoco. Entonces reemplazamos todos nuestros viejos muebles por muebles nuevos, con esquinas redondeadas, para que no pueda lastimarse más”. Verdaderos objetos de veneración por parte de sus padres, los “pequeños emperadores” (*xiao huangdi*) son dispensados de cualquier trabajo o esfuerzo superfluo; no se les impone ninguna obligación. Algunos se describen como “un amo con dos sirvientes” (*wo shi yi zhu er pu*): el niño es el amo, sus padres son los sirvientes. El niño rey es sintomático de esta sociedad china en busca de referentes: sobre él descansa el futuro de la familia, en él se enfocan las ambiciones parentales y sobre su sola persona se manifiestan el afecto y las atenciones desatadas de sus parientes.

Es el día de vuelta a la escuela para Qiyi, de 3 años. El chofer de la familia acaba de dejarlo, junto a su abuela, frente al jardín de infantes. Una vez en el salón de clases, el maestro pregunta: “Niños, ¿se acuerdan de la canción que aprendimos antes de las vacaciones?” Qiyi y sus compañeros dan palmadas y empiezan a cantar. Los mejores cantantes se ganan un caramelo, pero Qiyi no participa. “¡No me importa! ¡En mi casa tengo todos los caramelos que quiera!”. Hijo único de una familia muy acomodada, Qiyi vive con su padre, su madre y sus abuelos maternos; efectivamente, puede comer tantos caramelos como desee. Todo en la manera que fue criado le hace pensar que es el centro del universo. Wang Ying, director del jardín de infantes al que asiste Qiyi, explica: “Los niños de hoy son

terriblemente mimados. No son sociables y exigen gratificaciones inmediatas. Los adultos son demasiado protectores con ellos y les cumplen todos los caprichos por miedo a hacerles mal. ¡Los niños no tienen disciplina alguna, y los padres se lo toman con humor!'

Paciencia, esfuerzo, generosidad, respeto por los otros: todas nociones desconocidas, o casi, por los hijos únicos. Y, contra toda expectativa, el fuerte involucramiento de los abuelos en su educación, en particular cuando los dos padres trabajan, no arregla nada. Muchas veces despojados frente a un pequeño de carácter muy enérgico, los abuelos dejan hacer. Sin embargo, en la China de hoy, un niño de cada dos es criado por sus abuelos al menos en parte.¹² Desesperado, este padre explica: "Hanhan estaba jugando con la computadora. De repente, se pone a aullar: '¡Papá! ¡Papá!'. Me asusté. Quería que jugara con él, pero como perdí me dijo de todo: 'Imbécil, inútil, no comprendes nada, no es así que se hace'. Se ha vuelto muy agresivo. ¡Después se las agarró con su madre, diciéndole que no sabía hablar inglés, y luego insultó a su abuelo!"¹³

La tiranía de los "pequeños emperadores"

El film *El último emperador*,¹⁴ estrenado en China en 1987, produjo una verdadera conmoción. Ma Qi, maestra de primaria, se enfrenta a un gran problema: es incapaz de manejar su clase de hijos únicos. Entre ellos encontramos a Xiaoxing, un niño agresivo y con espíritu vengativo,

pero también a la pequeña Lili; sus padres, obreros, sueñan con que se convierta en una pianista famosa. Ahorraron en su alimentación para poder darle un piano; Lili ensaya todos los días, bajo los bastonazos de su madre. Y luego está Mingming, “pequeño emperador” de 10 años, criado por sus abuelos porque sus dos padres trabajan y no tienen tiempo de ocuparse de él, y a quién su abuela no niega nada. Ma Qi conoce bien los problemas relacionados con la educación de los hijos únicos, pero a pesar de todo no sabe qué hacer cuando en casa le toca hacer frente a su propia hija.

Pasaron ya muchos años desde el estreno del film, pero algunos hijos únicos siguen presentando los mismos problemas. Taotao, de 10 años, insulta regularmente a sus padres. No importa qué es lo que haga su madre, él no la obedece. A la menor de las órdenes, como “¡Ve a lavarte las manos!” o “¡Haz tus deberes!”, él contesta o se revuelca en el suelo, enojado¹⁵. Xuanxuan, de 4 años, asiste a un jardín de infantes de Qumo, en Hebei. Se pelea todo el tiempo con sus compañeros y muchas veces no duda en morderlos. Liang, su maestra, decidió convocar a sus padres para explicarles la situación y descubrió, aterrada, que “hace mucho tiempo ya que Xuanxuan tomó la costumbre de morder”, según las propias palabras de su padre, desesperado, “cuando se pone furioso, muerde ¡Incluso a nosotros, sus padres, nos muerde!”, se lamenta exhibiendo los antebrazos, cubiertos de cicatrices. “Pero nunca lo hemos castigado realmente por eso No sabemos qué hacer para que pare”¹⁶.

Lin tiene 47 años. Se separó de su marido hace muchos años y cría sola a Xiaoqing; vive austeramente, pero lo sacrifica todo por el bienestar de su hija. Al terminar sus estudios, Xiaoqing, se puso a buscar un trabajo; recibió una oferta para un puesto de empleada comercial. *A priori*, el empleo le interesa, pero para estar segura debe dedicar unos días a probarlo. Xiaoqing se protege, no quiere cansarse en vano. La solución para ella: enviar a su madre a probarlo en su lugar. ¡Pero lo peor es que Lin aceptó!¹⁷

Xiao Cao estudia en una universidad de Shanghai, pero vive a muchas decenas de kilómetros de allí. Cuenta: “En invierno hace frío. No tengo ganas de levantarme muy temprano por la mañana. Así que mi madre se va antes para conseguirme un lugar en el transporte”. Y la madre explica su comportamiento: “Es cierto, en invierno a los niños les gusta quedarse en la cama. Me cuesta dejar que mi hija se vaya con el frío”. Reservar un asiento para su hija se ha vuelto una actividad habitual para ella. Todos los lunes se levanta a las 5 de la mañana, prepara el equipaje de su hija, espera el ómnibus bajo el frío y se instala allí para reservar un asiento hasta que llegue Xiao Cao.¹⁸

“Chi ku”, o cómo reeducar a los hijos únicos

“No [saber] descascarar un huevo, vestirse solo o incluso atarse los cordones”¹⁹; los “pequeños emperadores” chinos muchas veces tienen muy poca autonomía en la vida cotidiana. Yi Wei, autora de un trabajo sobre la juventud

china, explica: “Es una generación frágil. Siempre han estado protegidos, no tienen ningún sentido del sacrificio, de la frustración y del costo”. La queja universal de los padres de hijos únicos es que ellos nunca aprendieron “*chi ku*”²⁰, una expresión corriente para explicar su incapacidad para afrontar la mínima dificultad. Sin saber ya cómo reconciliar a sus hijos con las realidades de la vida, algunos padres mandan a los niños a unas colonias de vacaciones un tanto especiales, los campos *chi ku*, verdaderos lugares de reeducación para los hijos únicos.

En efecto, nada mejor para los pequeños pudientes de ciudad que viven en una atmósfera sobreprotectora que enfrentarse por un tiempo a la cotidianeidad de una campaña remota. La regla número uno es no darles a los niños dinero para pequeños gastos; la número dos, no permitirles ninguna golosina. El programa es estricto: levantarse temprano, acostarse temprano y pasar el día completamente inmerso en la vida campesina. Alojados con familias anfitrionas, los niños colaboran con esparcimiento del abono y con la cosecha de frutas y legumbres. Cada uno debe aprender a hacer fuego, lavar los productos de la cosecha, cocinar ²¹

Entre las iniciativas destinadas a endurecer a estos niños –pero también con la esperanza de reforzar su espíritu patriótico!–, el gobierno chino instauró en 2007 la obligación para todo estudiante de instituto de cumplir al menos una semana de formación militar. Para motivar lo máximo posible a los jóvenes pasantes, las notas obtenidas al terminar esta formación se dejan asentadas en el

expediente académico y podrán eventualmente ser tenidas en cuenta en el famoso *gaokao*²², el concurso nacional de ingreso a la universidad.²³ Pero la vida en los campos de entrenamiento es la antítesis de la que tienen los jóvenes de la ciudad cotidianamente: se exige obediencia absoluta, se desarrolla el espíritu de equipo, todo está hecho para poner a prueba a los jóvenes. Por supuesto, aquellos que rehúsan someterse a las reglas son sancionados.

Someter a los hijos únicos a la autoridad de los adultos y volverlos más respetuosos de sus mayores –una virtud fundamental y no obstante tradicional en China– se convierte para algunos en una obsesión. Chen Ping es maestro en un instituto de Shanghai. A modo de trabajo práctico en el marco de un curso sobre ética, les pidió a sus alumnos que les lavaran los pies a sus padres. Pero el resultado fue bastante concluyente: de ciento cuatro de sus alumnos, solo veinticuatro realizaron la tarea. Uno de ellos incluso se rebeló: “¿Quién utiliza palanganas hoy en día? ¡Todos tenemos duchas! Además, quienes quieran que les laven los pies no tienen más que bajar la calle para encontrar un salón de masajes. ¡Solo hace falta que los masajistas realicen este acto de piedad filial por nosotros!”²⁴

Chiquillos ricos

Zhang, anticuario, anuncia la mala noticia a su hija: la familia, que está atravesando graves dificultades financieras, debe dejar su lujoso apartamento de doscientos

metros cuadrados cerca del mercado de la seda, en Pekín, para instalarse en un tres ambientes en los alrededores de la ciudad. Zhang y su esposa no tienen problemas de dinero; esperan justamente que, al mudarse a un barrio popular, su hija se entere de las realidades de la vida. “¡Mi hija es demasiado mimada, es incapaz de tener un comportamiento normal!”, cuenta Zhang. “Dejar nuestro bello apartamento le va a dar miedo, será necesario que se adapte a la fuerza a un nuevo entorno”.

Con las reformas económicas, algunas familias vieron mejorar su nivel de vida. Pero este nuevo poder adquisitivo no solo les reporta beneficios, por el contrario, los enfrenta a nuevos desafíos en la educación de sus hijos. Muchos padres siguen creyendo que el dinero puede resolver todos sus problemas educativos y que la vida de sus hijos será mejor si gastan ciegamente en ellos. Zhang había comenzado a restaurar muebles hace diez años en una modesta boutique. Él y su esposa trabajaban duro y dejaban a su hija a cargo de una niñera la mayor parte del tiempo. En 2003, Zhang y su esposa decidieron comprar un bello apartamento por muchos millones de yuanes, lo que para ellos era una forma de compensar un poco los años que habían postergado a su hija en función del trabajo. Pero, al crecer, ésta se transformó en una “pequeña reina”; cuando el chofer del auto de la familia pasaba a buscarla para dejarla en la escuela, ya no lo llamaba *gege* (hermano mayor), como es la costumbre, sino simplemente “chofer” y comenzó a exigirle que le abriera la puerta del coche para permitirle bajar. Más tarde empezó a comprar a crédito en las tiendas. Pensando en hacerle bien, sus padres

le quitaron el dinero; entonces, robaba dinero de la cartera de su madre. Finalmente, Zhang y su esposa decidieron mudarse, convenciéndose que un nuevo entorno obligaría a su hija a cambiar su comportamiento. “Necesita ver cómo viven los niños en un entorno normal”, explica Zhang. Contento por la eficacia de su decisión, confía: “Hoy por hoy, mi hija es más educada y se lleva bien con los vecinos. ¡Incluso comienza a interesarse por los demás!” Pero está dispuesto a ir más lejos: “Si hace falta, ¡nos mudaremos una vez más²⁵”.

Zhang no es el único que descubrió hasta qué punto una vida demasiado acomodada puede perjudicar a algunos niños. Así, una pareja de Chongqing ocultó su fortuna a su hija de 17 años, Li Wen, hasta que ella aprobó su examen de ingreso a la universidad. Li Wen siempre había creído que sus padres eran pobres y que su padre debía trabajar duro para satisfacer sus necesidades. La niña no dejaba que le compraran ropa nueva más que para las fiestas familiares. A la vista, los teléfonos móviles de sus padres y algunos electrodomésticos eran su única riqueza. Li Wen solo les pidió dinero una vez, para ayudar a una de sus compañeras de escuela enferma de leucemia. Entonces sus padres vendieron su televisor por 1000 yuanes, que les dieron a los padres de la joven enferma. Cuando Li Wen decidió entrar a la universidad, eligió aquella ubicada más cerca de su casa, para disminuir los costos. Pero, para su gran sorpresa, sus padres la alentaron a inscribirse en una de las universidades más prestigiosas del país, en Shanghai. Además, sus padres le ofrecieron un auto y un viaje al extranjero. Es así que la verdad salió a la luz un día:

su padre no solo poseía una gran librería en el corazón de la ciudad, sino que también era propietario de una mina de carbón en Panzhihua, en Sichuan. Antes de que naciera Li Wen, sus padres habían tomado de entrada la decisión de criarla en un ambiente modesto, para que no se volviera muy materialista. Contrariada por la actitud de sus padres, Li Wen escribió al correo de lectores de una revista: “¡Mis padres me mintieron durante diecisiete años! ¿Es la mentira la única manera de criar correctamente a un hijo?”²⁶.

¿El hijo único, víctima de estereotipos?

Egocéntrico, caprichoso, incapaz de aceptar la menor crítica, el hijo único tiene una fama bastante mala. Pero, a fuerza de clichés, ¿no será a fin de cuentas exageradamente estigmatizado? Para Shen Jie, socióloga de la Academia China de Ciencias Sociales, estas inquietudes son excesivas: según ella, los hijos únicos chinos son como todos los niños del mundo, solo tratan de hacer las cosas a su manera. “Si juzgamos a los niños de hoy con los criterios de ayer, por supuesto que son diferentes. No les gusta sufrir, ni están acostumbrados a enfrentar dificultades ni sacrificios. ¿Entonces? ¿Eso necesita la China de hoy, más gente capacitada en el arte de ser miserable? Estos niños tienen otras competencias. Son creativos, tienen la mirada puesta en todo y siempre están dispuestos a descubrir cosas nuevas. ¿No es esa una razón para ser optimista respecto de su futuro?”. Lin, mamá pekinés, no tiene en todo caso nada de qué preocuparse en lo

que respecta a su hijo: grande fue su sorpresa cuando Xiaobao, de 11 años, le replicó que si ella leía su diario íntimo sin su permiso estaría cometiendo un crimen: “¡No lo hagas, mamá! Es ilegal, podría demandarte”.²⁷

Cuando los hijos únicos aparecieron en masa en China durante los años ochenta surgió un verdadero problema educativo. Sus padres, que en su mayoría habían crecido con dos o tres hermanos o hermanas, no estaban preparados. ¿Cómo oponerse a un niño que, devenido el único heredero de un linaje familiar, estaba investido de una carga afectiva desmedida? ¿Cómo abstenerse de ofrecerle lo mejor a sus hijos cuando ellos mismos habían crecido en la frustración, a veces incluso en la privación? Pero, para Shen Jie, eso es historia antigua; según él, los padres, ahora, consienten menos a sus hijos, favorecen más las actividades colectivas y muestran más autoridad, y los hijos únicos, fuertemente estimulados en el aprendizaje, son más competentes que los otros.

Nunca es demasiado temprano

En China, las capas sociales más favorecidas ubican la educación en la cima de su escala de valores. Desde la más temprana edad, muchas veces a costa de duros sacrificios económicos para las familias, los niños son mandados a los jardines de infantes de mejor reputación, donde se los forma con excelencia. El objetivo: brindarles la mayor cantidad de aprendizaje posible, maximizando así su capital educativo. En el jardín de infantes “Inteligencia y Éxito”, antes men-

cionado, una verdadera búsqueda de excelencia comienza muy temprano, desde los 18 meses. Allí, en función de su edad, los niños siguen cursos de chino, de matemática, de ciencias, de arte, de música, pero también de inglés, de golf o de tenis, todo bajo la tradición confuciana más pura. La disciplina, los buenos modales y el sentido de sacrificio son más que de rigor: todas las mañanas los maestros ofrecen un dulce a cada niño y otro en la tarde si se abstienen de comer el primero antes del desayuno. “Así, desde la edad de 3 años son capaces de controlar sus deseos”, explica orgulloso Wang Ying, el director, antes de agregar: “tres años, ¡es la misma edad en la que son capaces de recitar el número *pi* de hasta cien cifras después de la coma!”

Pero la búsqueda de excelencia no se termina en la puerta del jardín de infantes. Si Youxun, de 5 años, se lanza todas las tardes sobre la computadora apenas llega a su casa, no es para jugar, es para seguir con su formación. Gracias a los numerosos programas educativos que hay disponibles en Internet, Youxun revisa su ortografía, evalúa sus competencias en matemática o en ciencia. Y cuando no navega en Internet, el pequeñito aprende incansable poesías chinas, o practica incluso su inglés. “Comenzamos a hacerle aprender el alfabeto cuando tenía un año”, explica orgulloso su abuelo Shi Guojun. “Queremos que sea capaz de hablar al menos dos o tres lenguas extranjeras, y cuando sea un poco más grande orientaremos su formación hacia la música y el arte”. Youxun, hijo único, es un producto puro de la nueva clase media urbana: durante la semana, mientras sus padres trabajan, vive con sus abue-

los, que le dedican todo su tiempo.²⁸ Youxun pasa sus días aprendiendo sin cesar, y está lejos de ser el único.

En un sábado soleado al mediodía, Yunze, joven pekinesa de 10 años, se entrega a la misma actividad que la mayoría de los otros niños de su edad durante el fin de semana: sigue cursos particulares. Porque todos los sábados y domingos Yunze tiene una hora y media de clases particulares, una de matemática y una lección de piano. Así, casi no tiene tiempo de jugar. “¡No es grave! De todas formas, mis amigos tampoco tienen tiempo. Y además, si no trabajamos duro, no podremos encontrar un trabajo que nos de dinero”, confiesa.

Desde hace poco tiempo, bajo el impulso del Ministerio de Trabajo, una nueva profesión ha visto la luz, la de “tutor de bebés”; su tarea es hacerse cargo de la educación del niño desde su nacimiento hasta la edad de 3 años, para paliar así una educación parental juzgada como demasiado pobre durante ese rango de edad.²⁹ Desarrollar el potencial de los niños de cero a 3 años es también el objetivo del Programa 2049, puesto en marcha por el Centro de Investigación y Desarrollo de los Niños *Xingfu quan* de Pekín.³⁰ Por una cotización anual de 1000 yuanes, todos los meses los expertos reciben al niño para evaluar su nivel de desarrollo y elaborar, a partir de los resultados obtenidos, un programa educativo adaptado a lo mejor para su caso. “Los padres pueden también asistir a conferencias en las cuales reciben consejos para criar mejor a su hijo”, explica Chen Huai, fundador del proyecto. Para Fu Zongbi, directiva del departamento de Infancia de la Federación de Mujeres, no hay duda de la utilidad de tales iniciativas:

“Conforme al aumento del nivel de vida, los padres deben tomar conciencia de la importancia de estas primeras etapas de la existencia. Es nuestro deber ayudarlos a criar a sus hijos para que sean más inteligentes y más sanos”.

Desde la más temprana edad se invierte en el capital educativo de los niños, incluso se sobreinvierte, para que sean lo más exitosos posibles. Pero la excelencia tiene un precio: muchos cientos, hasta miles de yuanes por mes, como mínimo.³¹ Xu Baoyu, joven padre pekinés, lleva a clases de piano a su hija de 7 años Fu Lin todos los sábados: eso le cuesta 500 yuanes por mes. Un estudio realizado en Shanghai en 2008 reveló que el 94% de las parejas entrevistadas dedicaban, además del jardín de infantes, 300 yuanes por mes para clases particulares y otras actividades educativas para sus hijos, ¡y que un 20% gastaba más de 2000 yuanes!³²

Es indudable que el sistema educativo chino funciona a dos velocidades: por un lado, la pobreza, la segregación social y el pragmatismo llevan a millones de niños fuera del sistema escolar; por otro lado, hay toda una categoría de población para la cual el único pasaporte al éxito social radica en la sobreinversión educativa. La apuesta es tal que ocurre que uno de los dos padres renuncie a su empleo y alquile una habitación cerca de la escuela, para poder dirigir al niño en sus estudios y dedicarse enteramente a él.³³ En las clases sociales medias y altas, los padres están más convencidos que nunca de que, sin una formación polivalente –y muchas veces llevada al extremo– su hijo una vez adulto no podrá progresar con soltura y orgullo en una sociedad china cada vez más elitista y competitiva. Preocu-

pados más de lo debido por el futuro de su única y preciada descendencia, están dispuestos a cualquier sacrificio para darles la educación más completa posible. En cuanto al niño en sí, la mayoría de las veces no tiene otra posibilidad más que someterse a esta estricta disciplina escolar.

¡Pero demasiado es demasiado!

Leng Yaqun, corredora de seguros en Pekín, organiza el empleo del tiempo de su hijo Bingyang, de 13 años, durante las seis semanas de sus vacaciones de verano: todos los días debe estar levantado desde las 9.30 de la mañana para hacer una hora de deberes indicados por el colegio. Luego, prosigue con una hora de matemáticas y luego otra en la que debe aprender de memoria los textos de Confucio. Después del desayuno debe practicar una hora de caligrafía y más tarde otra hora de lectura de textos literarios. Para terminar la jornada tiene el deber de escuchar textos de literatura inglesa clásica grabados en casetes. “Le expliqué a mi hijo que tenía una oportunidad. A su edad, yo no tenía otra cosa que aprender más que lo que querían darme en la escuela”. Bingyang hace lo que es mejor para él, pero los libros que su madre le da para leer se le van de las manos. “Es tan aburrido”, admite. Además, le habría gustado también poder aprovechar sus vacaciones para jugar juegos de video y dedicarse a su pasión: armar maquetas de automóviles.

La mayoría de los padres se da cuenta de que realmente sobrecargan a sus hijos, pero la tentación de ser

un miembro de la elite, y también la necesidad irrefrenable de ofrecerle oportunidades que ellos mismos nunca tuvieron, es más fuerte.

La presión parental que se ejerce sobre algunos niños es enorme: sobre los hijos únicos, en particular, pesan expectativas sociales y familiares desmesuradas, hasta el punto de que muchos de ellos sufren falta de sueño, stress, incluso problemas físicos y de comportamiento.³⁴ En los hospitales para niños se presentan cada vez más pacientes jóvenes con problemas fóbicos: no soportan más la escuela.³⁵ Otros, cansados de estudiar, agotados por las exigencias demasiado altas de sus padres y maestros, eligen escaparse o incluso, en los casos más extremos, suicidarse³⁶. El 20 de febrero de 1997, Li Yuan, un colegial de Guiyang, se quitó la vida así en su casa. Tenía 14 años. Ocho días después, el periódico local *Guiyang dushi bao* publicó las palabras que dejó el joven: hablaba allí de sus malos resultados escolares, y se describía como un inútil. El 25 de octubre de 2001, en Guangzhou, una jovencita de 14 también se suicidó consumiendo medicamentos: no soportaba más la presión que sus padres ejercían sobre ella. El 20 de noviembre de 2001, cuatro estudiantes de secundaria de Shihezi, en Xinjiang, se suicidaron juntos. Su colegio acababa de publicar el listado de los alumnos al finalizar el primer semestre y ellos estaban entre los últimos. Por temor a la reacción de sus padres tomaron veneno para ratas. El 2 de septiembre de 2004, Xiaoquan, de 12 años, se lanzó de una ventana desde el sexto piso de su escuela. Según uno de sus compañeros de clase, el joven no sopor-

taba más las críticas de sus padres porque no le iba lo suficientemente bien en la escuela.³⁷ La presión ejercida sobre algunos niños es tal que las autoridades chinas se hicieron cargo del problema: desde 2000, están prohibidos los deberes en primer grado de la primaria, y se limitan a una hora diaria entre el segundo y el sexto grado. También se difundió un spot televisivo, en el que hijos únicos cantan: “¡Sé que me aman, pero todas estas clases realmente son demasiado para mí!”.

Desde cierto punto de vista, el hijo único constituye un síntoma de una China enferma de su propio frenesí de progreso y éxito, de su búsqueda de competitividad y de las transformaciones sociales que perturban sus referentes actuales. Sobre todo, China sigue cargando los estigmas de un Estado que se ha desvinculado de la responsabilidad sobre sus niños, lo que deja a las familias luchando con sus inquietudes, todo en un abismo de incertezas y posibilidades. Justificación única de esta carrera hacia la excelencia: la convicción de que solo los niños mejor dotados podrán aspirar a una existencia si no dorada, al menos respetable.

Notas

1. Movimiento nacionalista liderado por jóvenes intelectuales progresistas contra la dominación japonesa.
2. Se trata principalmente de la Ley sobre la Protección de los Menores (*Zhonghua renmin gongheguo wei chengnian ren baohu fa*), que entró en vigor en 1992. El texto de esta ley está disponible en el sitio de la Federación de Mujeres Chinas en la siguiente dirección: http://www.womenofchina/Policias_Laws/Laws_Regulations/1479.jsp.
3. Extracto de la contratapa de la traducción francesa publicada en 2008 por Actes Sud, bajo el título de *Brothers*.
4. En 2005-2010, la esperanza de vida para los dos sexos reunidos era de 73 años en China y de 75,1 años para el conjunto del continente europeo.
5. Actualmente, solo un poco más de un tercio (36%) de la población está sometida a la regla estricta del hijo único, siendo que las parejas urbanas de hijos únicos están autorizadas a tener dos. En 19 provincias, las parejas pueden tener un segundo hijo si el primero es una niña (53% de la población). El 11% restante, principalmente minorías étnicas, pueden tener dos o más hijos (fuente: Shanghai encourages qualified couples to have second child, *China Daily*, 24 de julio de 2009). Para saber más sobre los objetivos y los medios de aplicación de la política de control de nacimientos ver especialmente, de la misma autora, la obra *Une Chine sans femmes?*, publicada en 2005 por Perrin.
6. Han Yi, «Zhongguo de xiao huangdi», *Zhongguo Dalu*, septiembre de 1988.
7. Citado por T. Clark, «Plight of the Little Emperors», *Psychology Today Magazine*, julio-agosto de 2008.
8. *Estudio sobre el desarrollo del niño (Zhongguo ertong fazhan diaocha)* realizado en 1990 con alumnos de primaria y sus padres.
9. Literalmente: “doble ingreso, sin hijos”.
10. Cien yuanes equivalen a alrededor de €10.
11. «How do you raise a child in today's China?», *China Daily*, 1 de diciembre de 2004.
12. Comunicado de la agencia Xinhua, 6 de diciembre de 2007, se puede consultar en la siguiente dirección: <http://edu.0898.net/2007/12/06/16931.html>.
13. “Impaciente y despótico”, testimonio del padre de Hanhan, en <http://wennw.com/article/507.htm>.
14. El título original es *Zhongguo de xiaohuangdi*.
15. Testimonio original de la madre de Taotao recogido de <http://parent.3xy.com.cn/textcase-4626.html>.
16. Testimonio del padre de Xuanxuan recogido de: <http://www.zjol.com.cn/05edu/system/2006/10/13/007924649.shtml> [en chino].
17. Comunicado de la agencia Xinhua, 26 de febrero de 2009: http://cq.xinhuanet.com/news/2009-02/26/content_15801031.htm.

18. «L'excès d'indulgence des parents chinois»: <http://www.zk168.com/News/EducationNews/2006-12/21/2109050425.html> [en chino].
19. «L'éducation des “petits empereurs”»: <http://article.hongxiu.com/a/2008-10-11/2884019.shtml> [en chino].
20. Literalmente, “comer amargo”.
21. «He bi qu nongcun “chi ku” ? Huyi “chi ku xialingying” yin zheng yi », comunicado de la agencia Xinhua, 13 de agosto de 2007: http://news.xinhuanet.com/edu/2007-08/13/content_6524016.htm.
22. El examen nacional de ingreso a la universidad apareció con las primeras universidades chinas, entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Suspendido durante la Revolución Cultural en el momento del envío de jóvenes instruidos al campo, el *gaokao* fue restablecido recién en 1977.
23. *Chongqing Shibao*, 19 de junio de 2009: http://ecqsb.hsw.cn/html/2009-06/19/content_88303.htm [en chino].
24. «Student foot-washers get sole-to-sole with parents », *China Daily*, 10 de octubre de 2003.
25. «Poor little rich kids », *China Daily*, 24 de diciembre de 2008.
26. *Ibid.*
27. La revisión de la Ley sobre la Protección de Menores integra en efecto un punto relativo al derecho de los niños a la vida privada y estipula que nadie puede abrir una carta, un diario íntimo o un correo destinado a un menor. Ver «New law protects children's rights», *China Daily*, 1 de junio de 2007.
28. «Educating China's little emperors», *China Daily*, 5 de noviembre de 2003.
29. *China Radio International*, 9 de septiembre de 2005.
30. Se puede acceder al sitio en <http://www.2049baby.com> [en chino].
31. Ver especialmente un artículo de *Wenhui Bao* en el sitio de la agencia Xinhua: <http://edu.xhby.net/system/2008/10/27/010363812.shtml>, o un artículo titulado *Dongbei Jiayu Wang* : http://www.chinaedunet.com/yejy/news/2007/11/content_122836.shtml [en chino].
32. Sitio oficial del gobierno de Hunan: <http://edu.rednet.cn/c/2009/04/12/1742556.htm>.
33. *Xi'an Wanbao*, 18 de abril de 2000 [en chino].
34. *Dazhong Ribao*, 8 de noviembre de 2007: <http://news.163.com/07/1108/17/3SPTONAM000120GU.html> [en chino].
35. *Xiandai Baojian Bao*, 3 de agosto de 2000 [en chino].
36. *Zhonghua Jiajiao*, junio de 1997; *Zhongguo Qingnian Bao*, 6 de agosto de 2000 [en chino].
37. *Zhongguo ertong zisha baogao (Rapport sur le suicide des enfants en Chine)*: <http://www.pckids.com.cn/edu/edu/0810/329917.html> [en chino].